



La Princesa Sofía, la duquesa de Alba y el secretario de la Comisaría de Música, don Antonio de las Heras, acompañan

MUSICA

Blanco y Negro

*Arturo Rubinstein, 1971
octogenario genial e impar
pianista, en Madrid*

COMO medio siglo atrás, cuando un pianista desconocido en España tenía que recorrerla en triunfo, multiplicados contratos y aclamaciones, Arturo Rubinstein, que no abjura de su cetro de primerísimo artista mundial, ha mantenido, ahora en la admiración y el grito al público madrileño con cuatro actuaciones —tres conciertos y un recital— celebrados en otros tantos días. Sobre él se ha dicho ya todo. Conviene, sin embargo, reiterarlo, porque su caso es no sólo insólito, sino también ejemplar. Cuando llegó a España en su primera visita, era ya un concertista de ancho historial comenzado en 1890, a los cuatro años de edad, fueron muchísimas las presencias en el curso de varios lus-

tros y más, todavía, las referencias que, desde cualquier parte del mundo, nos contaban los éxitos de Rubinstein como intérprete personalísimo de la música española, en particular del repertorio albeniziano. Personalísimo, pero válido. Cuenta el propio concertista que conoció a la viuda y la hija de "Isaac de España" y apenas quiso aceptar la petición de que interpretase alguna obra de Albéniz. Sólo ante la insistencia se decidió a tocarlas temeroso de que lo aplaudido por millares y millares de oyentes no pareciese ortodoxo a quienes conservaban el recuerdo sobre el estilo del propio autor. "¡Si así lo hacía papá!" Desde entonces Rubinstein-Albéniz constituyeron binomio de ancha repercusión mundial. Hasta en algún momento el pianista llegó a sentir la fatiga que toda insistencia —ningún concierto sin una terrible voz de las alturas que reclamaba "¡Navarra!"— causa. Pudo siempre, no obstante, la fuerza misma de la música. Lo confesaba Rubinstein: "Y a pesar de todo, ¡qué bella es!"... Ahora, en una etapa de mayor rigor y exigencia, se resiste a interpretar las "Iberias": "¡Se me "caen" tantas notas, que tendría que acompañarme a escena un negro para recogerlas! ¡Exigen tanto ustedes, los críticos!" Aunque no deja de admitir: "¡Creo que el espíritu, el sentido sí lo he sabido dar!"

Rubinstein ha dejado de tocar, virtualmente, las pie-



Rubinstein y a su esposa durante un entreacto. En la otra foto, los fieles del pianista le expresan su admiración en la calle.

zas de Albéniz. Ahora se autoexige más y depura más y más sus versiones. Parece ser que durante unos años, de los treinta y tantos a los cuarenta y tantos, declinó un punto su fulgor, que las versiones acusaban defectos de técnica en la etapa más gloriosa de Horowitch, de algún otro "superdivo"... Allá por 1946, cuando el artista se convertía en sexagenario y pudo alguien pensar que el ciclo interpretativo había llegado a su etapa decreciente, vino la gran sorpresa. Mucho estudio sereno, consciente, riguroso, condujo a otra etapa incluso de plenitud y éxito mayores porque mayor era la perfección. Rubinstein comenzó a sentir el placer de tocar como él sabía que se podía llegar a tocar, las obras que antes interpretaba más a fuerza de temperamento que de dominio técnico. Lo admirable es que la técnica no anulase jamás el personalismo, el soplo de artista capaz de crear, de vivir la versión. En una época de pianistas asépticos, Rubinstein es el titán que da vuelo genial a sus interpretaciones. Nadie puede ya discutirlo. Ni aún sus más famosos compañeros. Es muy curioso pensar que toda entrevista en la que surja la pregunta sobre primacías y preferencias, señale siempre en el entrevistado el inmediato recuerdo primerísimo a Rubinstein. Sólo después de citado, varían las relaciones de colegas.

¿Y cuáles son las razones de esa triunfal pervivencia?

Creo que, en primer término, el sonido, un sonido mágico, lleno, cálido, suave, brillante, dulce y leve, redondo y poderoso, audible en el pianísimo, redondo en el fortísimo. Después, el temperamento, la gracia del fraseo, la completa lógica de su intención expresiva. Lo pensaba al oírle en el "Concierto", de Grieg, en el "Segundo", de Brahms, maravillosamente acompañados por Rafael Frühbeck y la Orquesta Nacional. Las versiones resultaban claramente distintas. Había en ellas algunas detenciones de ritmos, algunas serenidades "cantábiles", alguna elasticidad que podrían parecer peligrosas. No lo resultaban, porque eran musicales siempre. De ahí la colaboración perfecta; de ahí también el deleite de un público, entusiasta pocas horas más tarde en el recital, en un Chopin recreado con amor y maestría.

Arturo Rubinstein ha sido el acontecimiento máximo de este otoño madrileño. Antes de llegar, a las pocas horas de abrirse las taquillas, se habían agotado las entradas todas. Cuando nos dijo adiós, las voces de "¡Vuelve pronto!" sirvieron el mejor resumen. Añadamos que el deseo general es de que el milagro persista y Rubinstein sea nuestro regalo artístico durante, aún, muchos años.

Antonio FERNANDEZ-CID